

hallaffen causas, siendo la principal, y el capital delito, segun los ordenes secretos, el no ser de sus parciales. Todas las asonadas eran de reforme, espcioso pretexto, que ocultaba bien distintos motivos; y que manejados con destreza conducian mucho à acreditar el gobierno presente con desdoro del passado, haziendo que en este todas las deposiciones, que parecian castigo, fuesen acusacion de omisiones en el otro. Los Visitadores eran muy de su genio, y cõfidencia, y executaron à toda satisfacion sus designios, descombaraçando los puestos de los sujetos, que tenia por sospechosos, y ocupandolos con los mas seguros. En poco tiempo se hallò dueño de todo, y quando viò debilitada, y sin fuerças la parte, que tenia por contraria, sacò la cara, y se quitò la mascara, que le avia prestado su hipocresia.

Propuso sus antiguos temas con nuevo tesson, diziendo: Que la pobreza de la Regla era impracticable, y la negacion del manejo de las pecunias imposible. Que yà la Religion estaba muy dilatada, y era menester arbitrar medios, para que à medida de su grandeza tuviesse la estimacion. Que la estrechez de los habitos era hazañeria ridicula, que hazia contemptibles las personas, cuya autoridad era de tanta importancia para impresionar su doctrina en los coracones del mundo, con quien no suelen poder menos, que las verdades, las apariencias; porque estas abren camino por los ojos, para que aquellas tengan lugar por fee con el oydo. Que los estudios son las atarazanas, donde se labran los hombres grandes, que dãn lustre à las Religiones; y que la tarea de los estudios pide alivios, que son impossibles con la demasiada austeridad de la vida primitiva. Que el rigor primero fue entonces necessario para esta-

blarse la Orden con la fuerça de extraordinarios exemplos; pero que yà vna vez establecida, se debia atender à su conservacion, que no es posible, en aquel extremo, y ha de quedar vn medio prudente. Que San Francisco, y sus Compañeros no se deben en todo atender tanto como exemplares, quanto como maravillas, porque sus penitencias, pobreza, desnudez, y desprecio, mas fueron para admiradas, que para seguidas. Esta era la doctrina de Fr. Elias, apoyada con su juyzio, practicada con su exemplo, autorizada con el sequito de los mas de los Prelados: con que el daño cundia como pestilente cancer de las cabeças à las demàs partes de este cuerpo mystico, tanto por la malicia de los ambiciosos, como por la flaqueza de los pusilanimos.

Hasta este punto estuvieron los Compañeros, y Discipulos de San Francisco en profundo silencio, haziendo merito de la paciencia de su desvalimiento; pero quando vieron tan à peligro la santa pobreza, salieron à campaña para vengar sus agravios, y mantener sus Apostolicos fueros. Informaron primero secretamente à muchos de los Frayles, y entre ellos de los Prelados, del error, en que los iba induciendo Fr. Elias, cuya autoridad no era tanta, que pudiesse contrapesar à la santidad de vn San Francisco, que escrivì su Regla, dictada por el mismo Dios, como constò por milagros manifestos, de q̄ avia vivos muchos testigos. Que esta Regla despues de largo examen, y menuda conferencia, la aprobò, no vna, sino muchas vezes la Silla Apostolica, como constaba de sus vivas vocis oraculos; y de la Bula de confirmacion de Honorio. Pues quien dirà, que no es cegarse voluntariamente, dexar esta luz, para seguir vna sombra, que formò en su lesa fantasia vn hombre, à quien, ni los escarmientos han hecho avi-

avido? La fuerça de esta verdad defengañò à muchos, y à otros, que no estaban engañados, pero callaban de cobardesses diò aliento, para que se peleasse à todo riesgo por la justicia. Determinòse, pues, en vna junta secreta, que à Fr. Elias se le hablasse con toda resolución; y para esto señalaron à dos Varones insignes en letras, y virtud, y santidad. El vno era Fray Cessario de Spira, Varon doctissimo, muy rigido en la observancia de su Regla, y zelador intrepido, y valiente de la causa de Dios. El otro Fr. Simon de Colozano, cuya santidad declaró el Señor con muchos milagros, y de mucha autoridad por la persona, emparentada con los Potentados mas principales de Italia. Entraron estos, pues, à Fr. Elias, y con las palabras mas humildes, y modestas, que pudieron, le dieron à entender el dolor, que tenian de ver tan mudadas las austeridades de pobreza, y vileza de habitos, en que los avia criado su Santo Fundador, y que con ellos estaban muchos determinados à seguir sus Apostolicas huellas, y à procurar, que en su Religion no se perdiessen de aquella santidad tan gloriosas memorias; y por tanto le rogaban humildissimamente, mudasse de dictamen, y no diese lugar con sus persuasiones, y con sus exemplos, à que se quebrantasse la Regla, que dexò San Francisco, y aprobò la Silla Apostolica, porque de no querer cosa tan justa, se seguirian disturbios en la Religion, por cuya pureza primitiva estaban resueltos à poner todas sus fuerças.

Oyò la propuesta, y disimulò su enojo con gran sagacidad, respondió mansamente diziendo: Que se veria bien en ello, porque su deseo era de lo mejor, y cederia facilmente su dictamen, siempre que cediesse en mayor bien de la Religion. Con estas largas los despidió, ni bien descontentos, ni bien satisfechos, sino suspensos entre

temores, y esperanças. No se atrevió Fray Elias à romper con vnos hombres tan Venerables, y que tenian de su parte à todos los Compañeros, y Discipulos de San Francisco, recomendacion de mucha monta, no solo para los Religiosos, sino para los seculares. Sintió mucho empero la resolución, que glosò à demasia, y tratò por entonces de redimir su presumido agravio à costa de el disimulo: traza politica, disimular quando no se puede, para poder despues todo lo que se quiera. Con fingidos pretextos de su oficio, se fue de Perosa à Roma à la presencia del Sumo Pontifice Gregorio Nono, à quien tenia por especial Patrono, y le informò así.

„ Bien sabe V. Santidad, quan bien hallado estaba yo en la soledad de Cortona, asylo de mis passados infortunios; de los quales escarmentado gozaba de mi costoso defengano con gusto, y con quietud. Todo esto sacrisqué al bien publico de mi Religion, venciendo mi repugnancia la fuerça de la obediencia; y oy se halla mi coracon tan inquieto, y oprimido, que no me atrevo à proseguir con mi cargo, si V. Santidad no me releva de la carga, ò no me ayuda à llevar su intolerable peso. Es achaque, Señor, muy ordinario en Comunidades, cuya corpulencia se comopone por la mayor parte de hombres iliteratos, y idiotas, que la indiscrecion vista trage de zelo, ò que el zelo se vicie por la indiscrecion; y con pretextos de austeridad es mayor, que miradas à buen juyzio son de levissima importancia, se atropellan lo mas substancial del instituto, faltando la obediencia, que es el primer mobil de la disciplina regular. Este achaque, que es en todas las Comunidades tan comun, y tan pernicioso, està en la mia mas radicado, y con menos posibilidad para el reme-

me dio. Porque los que fueron Compañeros, y contemporaneos de San Francisco nuestro Fundador, valiendose de la mucha recomendacion, que les dà este título, así para dentro, como para fuera de casa, turban con pretextos de indiscreto zelo, la paz comun, y alteran mi gobierno con mucho perjuizio de la autoridad de mi oficio. Romper con ellos es hazerme con todo el mundo odioso, aventurando mi crédito: disimular, es dar con el disimulo mas fuerça al desorden. Yo me hallo perplexo, y afligido, y espero que V. Santidad, como tan Padre de esta Orden, y Patron especial mio, ponga medios eficaces para atajar estos daños, atendiendo à mi consuelo.

Vistiò su queixa de tales coloridos, que el Pontifice diò entera fee à sus informes, y se condolìo mucho de sus trabajos. Consolòle, y animòle mucho, para que en causa, que era tan de el servicio de Dios, pusiesse todos los esfuerzos de su prudencia, valiendose de los rigores de la justicia; para lo qual le daba potestad plenaria. Con este seguro se bolviò à Perosa, y soltò la furiosa corriente de sus detenidas iras. Desterrò à muchos: y à dòze de ellos, de los mas principales, despues de castigos bien rigurosos, los embiò à Provincias muy remotas. A Fray Simon de Colozano le tratò con alguna humanidad, temeroso de que si en este apretaba la mano, tendria contra si el enojo de su illustre parentela: tratòle, empero, muy mal de palabra, y le puso recluso en vn Convento, ligandole con el vinculo de la obediencia, para que no participasse à los suyos la noticia. A otros puso en la carcel; pero à ninguno en tanto rigor, como à Fray Cessario, à quien cargò de grillos, y cadenas, dandole otras penitencias asperisimas. Viendo el Santo Fray Bernardo de Quintabal la inexorable furia de Fray

Elias, el atropellamiento de la inocencia, y el triunfo de la malicia, reconociò empegar à cumplirse la profecia de su Santo Maestro; y valiendose de la facultad, que le diò à la hora de su muerte, para que pudiesse vivir, donde, y como quisiesse, se retirò à la soledad del Monte de Sephrin; donde fin mas abrigo, que el que le diò vna cabaña formada de ramas, vivìò dos años sin comunicar con humana criatura, sino solo vn Carpintero devotissimo suyo, que à tiempos le llevaba algunos panes, y frutas secas para su sustento. Durò este voluntario destierro dos años, que durò la persecucion de los justos, la qual tuvo fin con vn suceso de los mas escandalosos, que se ha visto en la Religion.

## CAPITULO XXXII.

*Muerte lastimosa del Santo Fr. Cessario, y deposicion ignominiosa de Fr. Elias de su oficio.*

**R**ODEò la divina providencia las cosas de suerte, que del mayor daño saliesse el mas eficaz remedio, y permitiò, que llegasse à los extremos la malicia, para que dassen rotos, y desechos sus lazos, y castigada su insolencia. Todo el tiempo de dos años estuvo en vna obscura carcel Fray Cessario, pero no todo este tiempo gravado con prisiones. Sucediò vn dia, que el Carcelero, que era vn Lego, muy del genio, y confidencia de Fray Elias, se dexasse abierta la puerta de la carcel. Era tiempo de Invierno, el dia muy frio, pero muy claro, y el bendito prisionero, que estaba deseoso, y necesitado de ver el Sol, se saliò de la carcel à vn corredor, ò solana, dentro del mismo Convento, à tomar el calor, y refrigerar sus afligidos, y elados miembros. Bolviò el Car-

Carcelero, y echandole menos, cogiò vn palo, y partiò en busca suya. Dexado de la mano de Dios; sease, ò temor que tuvo de su fuga, ò furor de su colera, le diò vn palo en la cabeça, de cuyo golpe fatal perdiò la vida en muy breves horas. No se le oyò, ni se viò en el leve señal de turbacion. Y acabò el trabajoso curso de sus penas, con estas palabras de Christo: Señor, perdona los, porque no saben lo que hazen: y en tus manos Padre encomiendo mi espiritu.

Esta atrocidad tan horrible fue la que llenò el colmo de los desordenes de Fr. Elias, porque no dandose por entendido con algun castigo exemplar, y ruydoso, derramò sobre si todos los indicios de esta abominacion. Però Dios, que viò renovada en el teatro del mundo la sangrienta tragedia del inocente Abel, por la crueldad de su hermano Cain, le restituyò tambien, à la sangre vertida, voces para la vengança. En la hora misma, que murió Fr. Cessario en Perosa, estava puesto en Oracion en Roma el Sumo Pontifice Gregorio Nono, y se le apareciò vn alma muy resplandeciente con palma, y corona, y rodeada de muchos Angeles, que la llevaban en festivo triunfo à la gloria. Admirado le preguntò à vno de los Angeles, que queria ser todo el aparato de esta vision, y le respondiò: Esta es la Alma de Fr. Cessario de Spira, que en el Convento de San Francisco de Perosa acaba aora de padecer martyrio por zelador de la Evangelica pobreza, à manos de los suyos; y tu de esta muerte, y de las crueles persecuciones, que en esta Religion estan padeciendo todos los siervos de Dios, ultrajados por impiedad de Fr. Elias, has de dar à Dios estrecha cuenta: porque dando facil credito à los informes de este ambicioso, abriste la puerta à tanto tropel de calamidades en perjuizio de la justicia. Quedò el Pontifice

pasmado, y con sumo desconsuelo. Levantòse de la Oracion, y consultò lo que en ella le avia pasado con algunos de los Religiosos, que siempre tuvo consigo de nuestra Orden, y despachò correo à toda prisa à Perosa, y con toda la autoridad necessaria, para que se hiziesse averiguacion de la materia. No le valiò à Fray Elias toda su industria, para que todo el suceso, con las noticias individuales, que le avia revelado el Angel, no se supiesse.

El Pontifice despachò al punto letras convocatorias por todas las Provincias de Italia, para que se hallassen en Roma dia señalado los hombres mas graves de la Religion. En presencia de todos predicò vn Sermon con grandes ponderaciones, afeando el horroroso atrevimiento de los Elianos, que con siniestros informes avian solicitado engañarle, para tener mas à su salvo franca la puerta à sus relaxaciones, con tanta injuria de los zelosos inocentes. Sacò en publico à Fr. Elias, à quien dixo horrores, y abominaciones de sus doblados procederes; y con toda ignominia le privò de todos los honores, y del oficio, como à hombre sedicioso, y à quien la ambicion avia hecho cruel tyrano. Levantò todos los destierros: admitiò à la Religion à muchos à quien Fr. Elias avia despojado del habito. Depuso de sus oficios à los mas culpados, y substituyò los mas zelosos; y mandò se procediesse à nueva eleccion, que se hizo con todos los votos en Fray Alberto de Pissa, Varon de mucha virtud, y ardiente zelo de la observancia mas rigida, y mas pura de la Regla: muy diestro en el manejo de negocios arduos, que conducia al fin con mucha madurez, y sazón. Durò muy pocos meses en el gobierno, y finitiò estrañamente su muerte el Pontifice, porque tenia librado en el todo el desempeño de su zelo, al mayor bien de la Religion, que amaba tanto. En su muer-